

PENTECOSTÉS, MISA DEL DÍA. Ciclo “C”

(Para escuchar alguna de estas melodías basta con poner en algún buscador de Internet las primeras palabras de la antífona que interese [p. ej. *Spiritus Domini*], o bien Youtube *Spiritus Domini*] y aparecerán distintas alternativas coros ejecutando la pieza que interese).

1. Introducción

La Misa de Pentecostés tiene piezas fijas, que no varían según el año litúrgico y, por eso, forman una unidad de sentido, jugando e interactuando una con otra, como veremos, en la celebración de este misterio de Pentecostés, que da su culmen a todo el Ciclo Pascual. Por eso no sólo es una unidad de sentido, sino también una obra maestra de la liturgia y la vida que se desprende de ella para los fieles. Esto sucede con muchas Misas que deben ser estudiadas como unidades, pero también se da con unidades mayores, como es el ciclo de Graduales de los Domingos de Cuaresma, que siguen un hilo y debe conocerse el sentido de su construcción. Y no sólo la Misa del día de Pentecostés constituye una unidad, sino que también forma un conjunto con la Misa de la Vigilia.

2. Análisis del Introito: *Spiritus Domini*

Sap. 1, 7; Ps. 67

SPI-RI-TUS Dó-mi-ni * replé-vit or-
bem ter-rá-rum, al-le-lú-ia : et
hoc quod cón-ti-net ómni-a, sci-énti-am habet
vo-cis, alle-lú-ia, al-le-lú-ia, alle-lú-ia.
Ps. Exsúrgat De-us, et dissi-péntur in-i-mí-ci e-ius : et
fú-gi-ant, qui o-dé-runt e-um, a fá-ci-e e-ius.

El Introito de la Misa del día nos da la tónica de toda la teología que encierra el gregoriano para esta fiesta de Pentecostés: *Spiritus Domini* (el Espíritu del Señor), *replevit orbem terrarum* (llena toda la tierra). El texto está tomado del libro de la *Sabiduría* (cap. 1,7). El “*replevit*” es la famosa expresión de San Pablo: *pleroma*. Normalmente este Introito se mal traduce como: rellena, llena. No, es un error.

Se trata de “consumar”, llevar a plenitud. ¿Qué? Consuma y lleva a plenitud la obra de Cristo, en nosotros. El simple “llenar” da la impresión de “agregar” algo, y que ese algo es un añadido a la obra de Cristo. No, el Espíritu viene a llevar a su cumplimiento pleno la obra de Cristo Resucitado. Y eso lo hace, sí, “llenando” las personas de sus fieles con la presencia de Cristo. Pero, para no traicionar el texto, no sólo llena a las personas, sino a “todo el orbe la de la tierra”. Estamos en plena teología paulina del “*pleroma*”, tal como san Pablo la presenta en los dos grandes himnos de Efesios 1 y Colosenses 1: *recapitulando todas las cosas, las del cielo y las de la tierra*. Y en los dos casos el principal artífice es el Espíritu Santo.

Debemos recordar que la Fiesta de Pentecostés era para Israel la celebración de las cosechas, así como la entrega de las tablas de la Ley a Moisés. Por eso había gozo no sólo espiritual, sino una gran comida con bebida en abundancia. Israel celebraba la plenitud con que Yahvé le regalaba cada año. El Espíritu Santo viene a llevar a su culmen todos esos dones, tal como lo canta la Secuencia de esta Misa. Él es la Ley nueva, grabada en los corazones y que llena el alma con una *sobria ebrietas*.

Toda esta amplitud de la obra del Espíritu queda representada en la melodía del Introito. Habiéndose elegido el modo 8, sin embargo toma una variante para la entonación de *Spiritus Domini* que, partiendo del RE, hace un primer recorrido de toda la quinta, hasta el LA, poco usual en este modo.

En lo que sigue, después de una presentación tan grandiosa del Espíritu “del Señor”, la melodía, tomando como punto de partida el reposo anterior en el RE, sube otra quinta y la supera todavía, para expresar el “*replevit*”, el “*pleroma*”, que es consumir, colmar la obra de la creación (Sabiduría), y de la recreación por Cristo. Así vive la Iglesia el Misterio Pascual entero y la obra del Espíritu en concreto: una re-creación de todo. Lo mismo hace la melodía, que colma toda la gama de este modo 8 y el recorrido que puede hacer por el tetragrama y la creación entera. Es más, el Espíritu, musicalmente, lleva a todo el universo de este mundo (*replevit orbem terrarum*) hacia lo alto y, con una trístrofa y una dístrofa, queda en el DO, para terminar en una cadencia en el SOL, propia del modo 8. De este modo le devuelve estabilidad y firmeza a este modo 8, tan distinto al Alleluia de la Vigilia Pascual, tan discreto en su recorrido por la escala del 8. Por eso la ejecución de esta primera parte consta de dos partes bien distintas y marcadas: una entonación solemne, que se hace a partir de los graves y casi no pasa por encima de la Fundamental SOL del modo 8; y una segunda parte que asciende con un gran entusiasmo y brillo, propios del modo 7, hermano del nuestro, y una clara cadencia de modo 8 que da al conjunto la solidez y *gravitas* que caracteriza este modo y este acontecimiento Pascual.

La segunda frase: *et hoc quod continet omnia* esconde una traducción todavía más difícil. La traducción literal sería: “y Él, que contiene todas las cosas, tiene la ciencia de la voz”. “Contener” es *cum-tenere*, es lo que tiene unidas las cosas. De este modo el Espíritu es el que lleva a plenitud todas las cosas y el que las mantiene unidas, dándoles la voz, por la voz, haciendo que las diversas lenguas se

unan en un solo sentido (cf. *Hch* 1-2). Mientras que la primera traducción la encontrábamos develada principalmente gracias a san Pablo, esta segunda, la unidad, es característica de la presentación de san Lucas en los Hechos de los Apóstoles y la comunidad de la Iglesia primitiva, su comunión y su diversidad de lenguas. La expresión melódica de esta frase ahora es bien característica del modo 8. Pero antes de seguir hacemos una reflexión sobre el texto y el tema de la voz.

Desde el punto de vista filosófico, nosotros reconocemos que la realidad está en las cosas, la inteligencia conoce algo de ella, pero luego, el papel que puede jugar la voz, la palabra dicha exteriormente tenía, en la cultura antigua, un rol secundario respecto al concepto, a la idea. Pero bíblicamente es al revés, la realidad está en la palabra y ella causa y modela la realidad según el Espíritu del Señor, según su Palabra y su resonancia y armonía. Entonces el proceso es exactamente el contrario al que estamos acostumbrados a plantear. Es decir, la sabiduría de la voz es la que sostiene, tiene y contiene todo. Y, por otra parte, ella no es un saber abstracto, sino que va siguiendo al justo en sus caminos y lo va guiando según la fidelidad de su corazón. El Espíritu va guiando el proceso para que la Palabra se haga carne, se haga voz y canto. Fue lo que hicieron los apóstoles después de la Ascensión, tal como lo relata el Evangelio de Lucas. Y, en este último sentido, la sabiduría bíblica es histórica, mientras que la sabiduría de los grandes maestros griegos es abstracta.

Y un último elemento a resaltar, y que está detrás del texto del Introito, es que, aunque se trata de un texto sapiencial, pone de manifiesto la más profunda naturaleza de la profecía en las Escrituras. Es el Espíritu Santo el que “inspira”, da voz, y esa voz dice cosas que trascienden la comprensión del mismo inspirado. Así se da como fenómeno desde el cántico de Ana hasta el de María en el *Magnificat* (o el del anciano Simeón), cuyas palabras encierran toda una historia de la redención que trasciende su misma situación personal, su mismo contexto histórico (como les sucede a los apóstoles enseguida de Pentecostés). Y esa “inspiración” de la voz profética que se da en los momentos más álgidos de la historia de Israel, se presenta en forma de cánticos en medio de narraciones, como fueron los del Siervo de Yahvé. De allí que la expresión del Introito: *scientiam habet vocis* (*tiene la ciencia de la voz*) reviste una riqueza especial. Ese saber que comunica el Espíritu está en la voz, no en la inteligencia del que habla, quien jamás podría imaginar todo lo que encierra lo que está diciendo. Es más, está en el canto de la voz, el canto de la Asamblea litúrgica que, como dice el salmo 149:

*Con vítores a Dios en la boca
como espadas de dos filos en las manos
(traducción sugerida por R. Tournay, op).*

Los cánticos de alabanza son la única arma que tienen los pobres de Yahvé.

Toda esta riqueza teológica de la segunda frase recibe una expresión musical

proporcionada. Y, para lograrlo, la melodía se mueve estrictamente dentro del ámbito más pleno y rico del modo 8. La primera expresión: “y *Él, que contiene todas las cosas*”, hace tres veces el recorrido propio del SOL-DO (y las tres veces con la vocal oscura “o”) para quedarse en un reposo pasajero en el mismo DO. Es allí donde el Espíritu mantiene unidas todas las cosas. En la primera frase, en la entonación, el Espíritu había quedado ubicado en la Fundamental SOL del modo 8. Bien asentado allí, todos sus efectos están puestos en la Dominante DO (*replevit orbem... continet omnia*). Y en el caso de la segunda frase, toda la melodía queda detenida y sostenida en ese DO para preparar el *climax* de la pieza que viene a continuación: *scientiam habet vocis (tiene la ciencia de la voz)*. Por todo lo que vimos arriba se comprende que es aquí donde se haya volcado el *climax* musical: la voz encierra la sabiduría del Espíritu. No olvidemos la correspondencia espíritu-voz. La voz es la emisión misma del espíritu, de la aspiración plena que sale como expresión plena de todo el ser. Y, como dice el salmo que cierra todo el Salterio: *todo ser que “aspira” (alienta), alabe al Señor*. El Espíritu es la condición de la voz y del canto y, a su vez, quien lo recibe, recibe la in-spiración del otro para poder también alabar como sólo el Espíritu sabe que se puede alabar: con la plenitud de su insuflación.

Esta “ciencia de la voz” es la alabanza, tal como termina la pieza, es el triple Alleluia final. El Espíritu insufla todo (*replevit orbem terrarum*) y une a todos (*hallelú=alabemos*) en el canto de la alabanza a Dios, y los exhorta a esa alabanza en común con el imperativo “*hallelú*”. Este triple *Alleluia* está totalmente construido en torno al SOL, con lo que toma una consistencia y riqueza musical propia del Tiempo Pascual y así cierra todo este ciclo litúrgico.

A la pieza le sigue el versículo, tomado del salmo 67. El motivo de esta elección es que san Pablo, en Efesios 4, expresa con las palabras de este salmo los dones que el Espíritu derrama en la Iglesia (*subiste a la cumbre llevando cautivos, y diste dones a los hombres*). Si unimos esto a lo dicho arriba, esta voz, este canto, como sostenía R. Tournay, este canto, es el “arma” de los pobres de Yahvé (María, Zacarías, el salmista, la Iglesia) para derrotar a sus enemigos: *Exurgat Deus et dissipentur inimici eius (se levanta Dios y se dispersan sus enemigos!)*.

3. Análisis del Alleluia: *Emitte Spiritum tuum*

“El texto (de este *Alleluia*) es el mismo que el del Ofertorio de la Vigilia de Pentecostés, pero con un matiz propio que le viene de su lugar en este Oficio (del día). En efecto, en esta Misa del día de Pentecostés hay como dos actos en su trama. El primero evoca el milagro exterior: el Introito es la obertura grandiosa y la 1ª lectura nos hace un relato detallado y dramático. El segundo acto reproduce el milagro interior: el arrobamiento de las almas por el Espíritu Santo que extiende hasta nosotros su obra de Pentecostés. No hay resplandores en esa efusión; ella sucede como se dio en los discípulos, en el secreto del alma; es algo muy personal, íntimo y misterioso.

“Y es con los *Alleluias* que comienza este segundo acto del drama. Todos los textos, en efecto, a partir de aquí, hasta la Comunión, son un llamado al Espíritu, huésped del alma. Por lo tanto no se debe dar a este *Envía tu Espíritu* (del *Alleluia*) el carácter de gozo entusiasta que tenía en la Misa de la Vigilia, en la que brotaba del corazón de la Iglesia como un grito de esperanza ardiente. Aquí, es el alma que, discretamente, humildemente, pide que se renueve en ella el misterio de amor que Dios ha querido realizar por el Espíritu de su Hijo. Es una plegaria”¹.

4.
A Lle-lú-ia. * íj. V. Emít-te
 Spí-ri-tum tú-um, et cre-a-bún-
 tur : et renovábis fá-ci-em * tér-rae.

Este *Alleluia* responde a un formulario conocido, que se repite en otras celebraciones, como es *Excita Domine*, en el Domingo III de Adviento. Sin embargo su adaptación al texto es excelente y logra dar, con la melodía, los acentos propios del texto. Muy propio del modo 4, con los dos semitonos que utiliza (el SI bemol y la Fundamental MI) le da a la súplica una carga de piedad que pone toda su fuerza no en la intensidad del clamor del orante, sino en la clemencia del Señor y en su bondad generosa. De allí que, desde esa entonación tan característica que parte de la Dominante para subir levemente sobre el acento gramatical de *emitte* -para usar el SI bemol-, lo haga con una suavidad muy expresiva y que será un recurso que se repetirá a lo largo de toda la pieza. Por eso se debe cuidar de no volcar sobre ese bemol toda la intensidad de la voz de modo de no romper el verdadero acento de la palabra *emitte* y, a su vez, darle ese matiz de piedad suplicante. Si Tú lo “envías” serán renovadas todas las cosas!

¹ BARON, L., *L'expression du chant grégorien*, vol. II, Morbiham 1948, 114.

² Para la sacramentalidad del canto en la liturgia según VAGAGGINI ver: <http://mondodamani.org/reportata/pique01.htm> (indicado en los “Instrumentos en Internet...”).

Luego de esa súplica inicial, que partió de la Dominante, sigue la cadencia en *Spiritum tuum* que, con una ornamentación que respeta los acentos gramaticales de las dos palabras, desciende hasta el RE. Como forma parte de la súplica inicial, esta entonación no debe demorarse mucho, pues dejaría las dos partes sin sentido.

Luego de la barra máxima viene la segunda frase musical: *et creabuntur* (y serán creadas –todas las cosas-). Esta expresión recibe una musicalización que se corresponde con la que recibió la primera parte la antífona, pero la construcción es al revés. Mientras el Espíritu venía desde la Dominante LA, de arriba, ahora la re-creación de todo viene desde abajo, desde el RE, y desde allí llega a la misma altura del SI bemol, como lo hace la frase anterior. El Espíritu, que viene desde lo alto, recrea desde sus raíces todas las cosas y, musicalmente las recorre a todas, partiendo desde debajo de la Fundamental, y alargándose en la musicalización de un modo privilegiado, para llegar a lo más alto de la pieza y de las cosas, para terminar en una cadencia bien demorada por neumas y signos de detención, y reposar en la Fundamental MI.

En la tercera frase musical: *et renovabis faciem terrae*, la pieza adquiere el ritmo del Alleluia y el predominio de la Fundamental, aunque no deja sus subidas a los agudos. Y a partir del “*terrae*” comienza el iubilus con el que cierra esta súplica que, como decía Baron, más que un llamado a la venida del Espíritu Santo es una plegaria para que transforme todas las cosas. En el segundo Alleluia de este Misa, que aquí no veremos, el Espíritu es llamado a llenar los corazones de los fieles con el fuego de su amor (texto tomado de la oración al Espíritu Santo).

4. Análisis de la Secuencia: *Veni Sancte Spiritus*

Pasamos a la Secuencia. La Secuencia pertenece a la liturgia de la Palabra, y la Iglesia la ha conservado sólo en grandes fiestas, como Pentecostés. Su estructura es característica: siguiendo el principio poético de los salmos, está construida con paralelos. Pero esos paralelos, a diferencia de los salmos, en vez de darlos el texto los da la melodía. Un coro entona una frase y el otro coro responde con otra que, teniendo la misma melodía, hace avanzar el texto y las ideas. Por eso la Secuencia tiene un desarrollo dinámico creciente, con una conclusión o culminación, y avanza por pares de frases, musicalmente idénticas. Pero como sucede en otras piezas gregorianas, la estructura musical genera una estructura en el texto.

Cada Secuencia trabaja ese paralelismo bajo una forma particular. En esta Secuencia de Pentecostés, como lo ha señalado Juan Pablo II (*Homilía en Domingo de Pentecostés*, 31 de mayo de 1998), se van alternando una Fe firmísima en la venida del Espíritu con una confesión permanente de la fragilidad humana bajo sus distintos aspectos. Alternando los arranques desde los graves con saltos a los agudos que son verdaderos clamores extremos para el modo 1, el obrar del

Espíritu y la declaración de la fragilidad humana recorren toda la gama musical que tiene el modo 1.

Y, en concreto, el *Veni Sancte Spiritus* tiene, normalmente, en la primera frase, un apelativo que se refiere al Espíritu Santo y su obrar (*sancte, pater, consolator, etc.*) y, en la segunda, algo referido a la fragilidad de los hombres. Pero en algunos pasajes esa presentación se invierte. Es que el Espíritu y nuestro espíritu se unen en un solo clamor. El Espíritu no sólo transforma la fragilidad humana sino que, en muchos casos, simplemente la asume y se configura con ella (cf. *Rm* 8,16). Por eso la melodía, en algunas frases, se repite, superponiendo la que usó para hablar del Espíritu, para hablar ahora de la fragilidad humana.

Por eso la Secuencia presenta de qué modo el Espíritu, que en el Introito era el *pleroma*, quien llena y plenifica todo el orbe de la tierra, ahora viene a “llenar” la vida, el corazón y el ser entero de los creyentes (*in laborem requies...in fletu solatium*).

5. Análisis de la Comunión: *Factus est repente*

Todos los textos y melodías de esta Misa encierran una gran construcción, tanto cada una individualmente, como todas como conjunto unitario. Vamos a ver la Comunión, que corresponde a la primera lectura: *Factus est repente*. El texto es un relato del suceso milagroso del día de Pentecostés. La melodía, por eso, más que dar una carga teológica al mismo, busca seguir el dinamismo vital del acontecimiento, resaltando hechos, no conceptos.

Act. 2, 2, 4

CO. VII

F Actus est re-pén-te * de cae-lo so- nus adve-

ni- éntis spí-ri-tus ve- he-méntis, u-bi e- rant se-dén- tes,

alle- lú- ia : et replé- ti sunt omnes Spí-ri-tu Sancto,

loquén- tes magná- li- a De- i, alle- lú- ia,

alle- lú- ia.

Esta Comunión tiene una estructura musical muy clara, marcada por las dos frases separadas por la barra máxima. Una de las frases comienza con: *Factus est* y la otra: *et repleti sunt*. Las dos frases tienen un arranque rápido, ágil, que sube a la Dominante, sigue construyendo en torno a ella, y luego comienza una suave cadencia hacia la Fundamental, con un clima melódico muy sereno, que resalta por su contraposición con el comienzo. Así son las dos frases.

La melodía, muy vivaz, resalta todas las reacciones sensibles que produce la venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés: “de repente”; “un fuerte sonido”. Para resaltar todos estos episodios la melodía aprovecha la quinta propia del modo 7, tanto para subir de golpe como para bajar repentinamente o en una cadencia suave al SOL. Con esos movimientos de entusiasmo y fuerte ardor, la melodía logra transmitir e incorporar a la asamblea que está celebrando hoy, en esa misma efusión del “espíritu” que vivieron los apóstoles en el día de Pentecostés. Y eso, como es lo propio del gregoriano, no se realiza de un modo puramente emocional, sino verdaderamente sacramental. Es cuando el canto gregoriano alcanza su riqueza más grande en la liturgia².

La sonoridad de la primera ascensión a la quinta RE, en la entonación de la antifona (*Factus est repente*), y su bajada repentina a la Fundamental, se ven potenciados en lo que sigue: *de caelo sonus* (se oyó un sonido), donde la melodía llega a un *climax*, desde donde comienza una larga cadencia, un largo descenso que es figura del mismo descenso del Espíritu donde estaban sentados los discípulos.

La segunda frase dice: *et repleti sunt omnes Spiritu Sancto, loquentes...* (y todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y hablaban de las maravillas de Dios). Igual que la frase anterior, la melodía sube a la quinta y se mueve dentro de un dinamismo ágil que retoma el del comienzo de la antifona. Después de una cadencia provisoria en los agudos, la melodía corta y se “ralenta”, generando un colorido, por contraste, muy rico.

Con esta expresión “*et repleti sunt*” la Comunión hace una inclusión con el Introito, en el que se cantaba al Espíritu que “llena toda la tierra”. Ese “colmar”, *pleroma*, ahora se ha interiorizado. Ya no es la tierra la que se ha llenado, sino el corazón de los discípulos. Como decía Baron, desde el Introito hasta la Comunión, la presencia del Espíritu Santo va entrando en lo más profundo de la creación: el corazón de los discípulos y, desde ellos, poco a poco, llena todas las cosas. Todo esto es expresado dentro de la quinta RE y con un movimiento muy ágil. Sin embargo, cuando comienzan a proclamar las “maravillas de Dios” la melodía comienza una serena cadencia que es más una manifestación de cómo estaba el interior del alma, lleno de serenidad, paz y gozo (Alleluia!). Prevalece el estado interior de los discípulos, que busca ser comunicado por la melodía a los participantes en esta liturgia, que la inmensidad del prodigio que se está viviendo con tantas manifestaciones exteriores que lo rodean. Y con ese clima, de alabanza, serenidad y paz, se cierra y llega a su culmen el misterio celebrado, y se hace manifiesto en la construcción gregoriana de los dos *Alleluias* conclusivos.

² Para la sacramentalidad del canto en la liturgia según VAGAGGINI ver: <http://mondodmani.org/reportata/pique01.htm> (indicado en los “Instrumentos en Internet...”).